

DIRECCIÓN CENTRO (De E. Pearlman)

En el metro, Sophie recitó la lista de estaciones como si fuera un poema. Luego leyó los nombres de abajo arriba. Decir las cosas al revés le ayudaba a recordarlas, a que se le quedaran grabadas.

La familia se bajó en la estación de Harvard Square, y Sophie frunció el ceño al ver una de las señales del andén.

–¿«Otras direcciones»? –preguntó a su madre.

Joanna acababa de agacharse para ajustar el arnés de la sillita de Lily. Así que respondió Ken.

–En este caso, «Otras direcciones» quiere decir que los trenes que paran en este andén van hacia las afueras –dijo–. Las vías discurren en ambos sentidos, y son de extensión equivalente. –Se interrumpió. ¿De extensión equivalente? Sophie había aprendido a leer a los tres años; a los siete su vocabulario era prodigioso; aun así...–. Miden prácticamente lo mismo –aclaró–. Por una vía circulan los trenes que van hacia las afueras y por la otra los que van...

–Dirección centro –dijo Sophie, terminando la frase–. Entonces cuando volvamos al hotel iremos en dirección centro. Pero ¿dónde están las vías que van al centro? ¿Por qué no están ahí, al lado de esas? Ayer, en el acuario...

Ken dio un profundo suspiro; por un momento Sophie se arrepintió de haber preguntado.

–Hace años Harvard Square era la estación término –explicó Ken–, la última estación de la línea. Al ampliar la red de metro, los ingenieros se encontraron con las cloacas y tuvieron que separar las vías, en vertical. –Era una explicación improvisada, o quizá la había oído en alguna parte–. Las vías de los trenes que se dirigen al centro pasan por debajo de estas. –De eso sí estaba seguro.

La familia bajó una suave rampa y llegó al vestíbulo. Sophie iba delante. Su melena rubia y lisa tapaba la mitad del bulto multicolor de su mochila, regalo de cumpleaños de sus padres. En sus primeros años de matrimonio, Ken y Joanna cargaban con grandes mochilas de montaña cuando viajaban a lugares remotos o poco conocidos. Después de nacer Sophie ya solo viajaban a Francia, y siempre con la niña. Esta aventura, que les había obligado a cruzar, desde las llanuras del norte, la mitad del país, era su primer viaje desde el nacimiento de Lily hacía dos años. «Un viaje es como un bucle», le había explicado Joanna a Sophie en pocas palabras. «Empieza en casa y termina en casa.»

Ken, empujando la pesada sillita y a su callada pasajera, acomodó su paso al de Sophie. Joanna les iba pisando los talones. A su espalda se mecían la bolsa de los pañales y un bolso marrón lleno de rozaduras.

Sophie se paró en mitad del vestíbulo.

–Las escaleras están a la izquierda –dijo Ken.

Sophie siguió andando. Sus padres fueron detrás, como osos amables. Otras personas que también salían del metro empujaban los torniquetes sin dificultad, pero la sillita era demasiado grande, así que Ken y Joanna y Sophie y Lily tuvieron que salir por otro sitio: la puerta junto a la tienda de baratijas. Las escaleras que subían a la calle eran lo bastante anchas y no hacía falta subir en fila india. Ken y Joanna agarraron la sillita por los lados. Los cuatro, guiñando los ojos, alcanzaron la blanca luz de Harvard Square al mismo tiempo. Lily, sorprendida y algo asustada, miró con una sonrisa a los vendedores ambulantes. Le parecieron divertidos y gorjeó, como solía.

-Mamá -le dijo a Ken.

-Papá, cariño -corrigió él.

-Papá.

-Sophie, Sophie, Sophie -dijo Sophie, bailando delante de la sillita.

-Mamá -dijo Lily.

Aún no sabía pronunciar el nombre de su hermana, pero a veces, en el salón, cuando Sophie la ayudaba a recoger los juguetes, desviaba sus peculiares ojos del suelo y por un instante miraba a su hermana mayor con interés.

Lily tenía síndrome de Down. A los dos años era menuda, rubia y muy tranquila, aunque Ken y Joanna eran conscientes -muy pocas cosas les quedaban por saber a esas alturas del síndrome de Down- de que aquella enfermedad no era garantía alguna de tranquilidad. Lily había empezado a gatear hacía poco y eso favorecía su tono muscular; el médico estaba satisfecho. En la sillita acolchada era capaz de sentarse más o menos erguida.

«Lily clarifica la vida», había oído Sophie decir a su padre mientras hablaba con un amigo. Pero ella no estaba de acuerdo. Clarificar era ponerse las gafas, clarificar era separar la espuma de la mantequilla -su madre le había enseñado cómo se hacía- y dejar un fino líquido amarillo que no servía ni para juntar galletas. Lily no clarificaba nada; ablandaba las cosas y las dejaba pegajosas. Antes de nacer Lily, Sophie, su madre y su padre eran tres personas separadas. Ahora los cuatro estaban pegados como gominolas olvidadas en un alféizar.

Desde que nació Lily y hasta ese mismo día al atravesar las puertas de la universidad, tan parecidas a las de la facultad donde daban clase sus padres solo que más rojas, viejas y pesadas, tras dejar atrás el bullicio de Harvard Square y el temblor del suelo al paso de otro metro en dirección centro o en otras direcciones, y escoger un solo camino de varios en una explanada rodeada de edificios..., hasta ese mismo día, en aquel campus donde apenas había nadie, se movían los cuatro como si fueran uno solo.

-Massachusetts Hall -dijo Ken señalando con el dedo-, el edificio más antiguo de la universidad. Y esa de allí es la estatua de John Harvard. Y la residencia, que tiene habitaciones nuevas, la han reformado desde nuestra época. ¿Te gustaría vivir aquí algún día, Sophie?

-No sé.

Agrupados en torno a la sillita, llegaron a otro patio. Había una iglesia en uno de los lados, y justo enfrente una escalinata de piedra ancha como tres casas. Subía hasta una columnata.

-Esa es la quinta mayor biblioteca del mundo -dijo su padre.

-¿Y cuál es... la sexta?

Ken sonrió.

-La Bibliothèque Nationale de París. Tú has estado.

¿París? Sophie recordaba las vidrieras. Tuvieron que subir a la segunda planta por una escalera de caracol muy estrecha. Su madre, a la que le quedaba muy poco para dar a luz, respiraba con dificultad. Una intensa luz entraba por las vidrieras y les bañaba de azul a los cuatro: a su padre, alto y delgado, a su abultada madre, a su invisible hermana y a ella. Se acordaba del metro también, igual de apestoso que el campamento de verano.

-La Bibliothèque -repitió su padre-. ¿Te acuerdas?

-No.

-Ken -dijo Joanna.

Se encaminaron hacia la quinta mayor biblioteca. Joanna y Ken cogieron la sillita para subir la escalinata. Sophie, en un ataque de impaciencia, subió corriendo hasta arriba, volvió a bajar y subió otra vez. Se escondió detrás de una columna. Sus padres no se dieron cuenta. En la entrada, les dio la bienvenida.

Dentro había un hombre mayor sentado detrás de una mesa. Se encargaba de revisar las mochilas. La familia cruzó un vestíbulo de mármol y subió por unas escaleras de mármol que terminaban en una enorme sala repleta de ordenadores. Finalmente, Lily empezó a lloriquear. Empujaron la sillita hasta la zona de los catálogos por fichas. Joanna cogió en brazos a Lily.

-Vamos a entrar en una sala de lectura muy grande -canturreó a una oreja sin lóbulo-. Ven, vamos a mirar por la ventana.

Sophie las vio alejarse. Su madre, con el abrigo negro de siempre, le pareció estrecha.

-¿Dónde están los libros? -le preguntó a su padre.

-Mi pequeña lectora -dijo Ken, y la cogió de la mano.

A la cueva de los libros se entraba por una simple puerta. Un chico vulgar y pecoso parecido al primo de Sophie, el primo del instituto, vigilaba sin prestar mucha atención. Ken buscó en los bolsillos la tarjeta de admisión. Al final la encontró.

-Los niños... -dijo el chico.

-Diez minutos -prometió Ken. Sophie le había oído ese mismo tono para tranquilizar a una mujer que había resbalado delante de su casa, en el suelo helado; y también para consolar a su gata cuando se moría de cáncer-. Venimos de Minnesota. Quiero que mi hija vea esta joya. Cinco minutos.

El chico se encogió de hombros.

Sophie entró detrás de su padre. Y el corazón, que ya le latía con fuerza, le dio un vuelco, como cuando algún compañero le daba un empujón en el recreo. Los libros abarrotaban las altas estanterías metálicas, ni el menor espacio para respirar, hombro con hombro, libro tras libro, anaquel sobre anaquel, estantería tras estantería, y pasillos muy estrechos entre medias. ¡Demasiados libros! Demasiados aunque tuvieran la letra muy grande. Se encontraban en la PLANTA 4 ESTE, decían unas letras pintadas en la pared.

Recorrieron los pasillos hasta llegar al final de 4 Este. Luego dieron la vuelta; de 4 Este pasaron a 4 Sur. Detrás de una enorme rejilla metálica había un pasillo de oficinas, todas con las puertas cerradas. Sophie se preguntó qué estaría haciendo su madre. Entraron en la Sección 4 Oeste. Era igual que la 4 Este: libros, libros, libros; y un pequeño ascensor encorvado entre ellos.

-¿Adónde lleva? -preguntó, muy bajito.

-A la quinta y a la sexta plantas -le respondió su padre, también en voz baja-. Y a la tercera y a la segunda y a la primera y a la A y a la B...

-¿Han pasado ya los cinco minutos?

-... y a la C y a la D.

Esta vez fue Sophie quien encabezó la marcha..., y era más fácil de lo que había imaginado: bastaba con ir por el perímetro. Hasta había una señal de SALIDA. El chico de las pecas les hizo un gesto con la cabeza.

Su madre les esperaba, con la sillita. Lily se había vuelto a sentar y chupaba el biberón. Sophie le dio siete besos.

-¿Estaba muy impresionada? -le oyó Sophie decir a su madre.

-Asombrada -dijo su padre.

Sophie le dio un paseo a Lily, entre cajones con patas de madera llenos de tarjetas. Ken y Joanna se quedaron mirando a sus hijas, que desaparecían y volvían a aparecer.

-Los anaqueles envueltos en el silencio... -dijo Ken-. El ascensor, donde te di el primer beso... Se me había olvidado.

Le dio otro beso, suavemente, en los elegantes pómulos que ninguna de sus hijas había heredado.

Joanna siguió ofreciendo la cara, como buscando la luz del sol.

-Vamos al museo -dijo al cabo de un momento.

-A Sophie le van a encantar los Renoir -dijo Ken, asintiendo.

Pero en el museo a Sophie *Bañista sentada* le pareció raro. Su padre le llamó la atención para que se fijase en un cuadro de bailarinas que ensayaban cada una por su lado. ¿Qué sentido tenía ensayar así? Solo una obra despertó el interés de Sophie: ángeles sustanciales de espesas plumas superpuestas y pies descalzos que se reflejaban en la arena.

-Así que te gusta Burne-Jones -murmuró el padre.

No tardaron en volver a salir a la calle. Había que ir a comer, comentaron. Ken y Joanna eligieron uno de sus antiguos restaurantes favoritos, con la esperanza de que siguiera abierto. Se encaminaron hacia él por la acera de las fachadas traseras.

-La puerta de atrás de la biblioteca -dijo Ken, señalándola.

Sophie desvió la mirada. Cruzaron la calle en cuanto cambió el semáforo.

Esto es, tres de ellos cruzaron la calle. Sophie, que miraba todavía para otro lado con un peculiar giro de cabeza, quedó atrapada en el bordillo cuando el semáforo se puso en rojo. Sus padres se alejaban despacio. Unas personas se interponían y no la dejaban ver. En cuanto se despejó la acera, los coches reanudaron la marcha y tuvo que quedarse donde estaba.

Eso estaba bien. Si se perdía, lo que tenía que hacer era quedarse donde estaba. «Si las dos echamos a andar, ¿comprendes?, lo más probable es que no volvamos a encontrarnos en el mismo sitio al mismo tiempo», le había explicado su madre.

«Como los átomos», había dicho Sophie.

«Sí, supongo... Pero si una de las dos se queda donde está, tarde o temprano la que se mueve se cruzará con la que no se ha movido.»

Tenía sentido. Sophie había imaginado que, en el caso de que eso llegara a suceder, se quedaría muy quieta y muy fría, como una lagartija debajo de una planta.

Pero no, no sintió frío sino calor, casi fiebre. Empezó a canturrear «Hi-ho, hi-ho. Silbando al trabajar», muy bajito. El semáforo volvió a cambiar: verde. Sophie cantó la canción de los enanitos empezando por el final. Su madre no tardaría en cruzarse con ella. Pero su madre no podía soltar la sillita. El semáforo cambió otra vez: rojo. Pues entonces su padre. Cruzaría la calle corriendo, con dos zancadas le bastaría; la levantaría en alto y se la pondría sobre un hombro. Ella era demasiado grande para una percha tan pequeña, pero eso daba igual. Su padre la llevaría en el hombro por calles y calles hasta un restaurante de tejado a dos aguas y ventanas de cristalitos, porque sus padres siempre escogían restaurantes así.

Joanna había maniobrado con la sillita a la derecha, dado uno o dos pasos, vuelto en busca de Sophie, no la había visto; luego había mirado a la derecha, dos veces, y luego a la izquierda; se había fijado en un sendero peatonal, había divisado un grupo de niños que rodeaba a un mimo y visto el pelo rubio y la mochila multicolor de su hija. Su corazón saltaba como un globo.

–¿Dónde está Sophie? –dijo Ken, acercándose por detrás.

Joanna señaló con confianza y empujó la sillita, y pasó muy cerca del escaparate inclinado de una pastelería. Cogió en brazos a Lily y los tres pudieron ver mucho mejor al mimo –subía con destreza por una escalera invisible– y a los niños que le observaban, encantados, y más en particular a Sophie, con su mochila nueva y su gastada cazadora turquesa, solo que aquella cazadora era verde y aquella niña era más alta que Sophie y también más rubia, mucho más rubia. Solo una madre desnaturalizada podía confundir aquel color vela, tan común y tan corriente, con la pálida incandescencia de su preciosa hija.

Sophie seguía diciéndose que tenía que quedarse donde estaba, pero le dieron un empujón. Se volvió para protestar, pero el culpable había desaparecido. El semáforo se puso en verde. Sin pensarlo pero sin timidez se echó a la calzada.

Sudorosa, jadeando, llegó a la acera opuesta. No vio a su familia. Vio sillitas aquí y allá, pero no la de Lily; todas eran de esas plegables para niños normales. Vio una silla de ruedas. Eso no tiene nada que ver, se amonestó, frotándose la nariz con el dorso de la mano. Lily aprendería a andar algún día. Le pareció que la saludaba un payaso con la cara pintada. No le hizo caso. Se encaminó al centro de la plaza. Antes había visto un quiosco..., un puesto de periódicos, había dicho su padre.

Resultó que el quiosco era una casita preciosa llena de revistas, periódicos y mapas. Un hombre con orejeras se sentaba detrás de la caja. El quiosco temblaba ligeramente cada pocos minutos: por debajo pasaba el metro.

Allí esperó Sophie, sola, anónima y libre.

Para entonces sus padres habrían vuelto sobre sus pasos. Ya habrían estado donde ella había estado y ya no estaba.

Sophie se sentía más cómoda cerca de la pared más alejada. Había periódicos extranjeros unos encima de otros. Eran periódicos franceses. Reconoció *Le Monde*, de aquel viaje a París. *El Mundo*; su padre, de estar allí, le preguntaría la traducción. Había periódicos de otras partes de Europa también –sabía, por las palabras, que eran españoles o italianos, aunque no entendía qué decían–. De algunos hasta el alfabeto era un misterio. Letras curvas como la lámpara de Aladino, o con puntos y rayas debajo como si allí hubiera también un segundo código. Caracteres que había visto en restaurantes chinos, alineados, hacia arriba, casitas donde habitaban distintas familias. Lily aprendería a leer, había dicho su madre. No pronto, pero sí algún día. Hasta ese día, todas las páginas le parecerían como esa, la confundirían, y se sentiría aún más excluida. Pese a todo, en pocos años andaría. Se quedaría cerca de ella. Quizá demasiado cerca. ¿Qué quiere decir eso?, susurraría. ¿Qué quiere decir eso?, preguntaría, lloriqueando, tirándole de la manga.

El hombre de las orejas miró a Sophie con curiosidad. Ella se volvió para estudiar un periódico. Todas las palabras tenían muchas letras, y cada letra era una combinación de líneas gruesas y líneas delgadas. Nada más verlo supo que era alemán. Su padre tocaba a Bach en el arpa, leyendo un antiguo manuscrito facsímil; el título y las indicaciones estaban en alemán. Si se quedaba en aquella preciosa casita el resto de su vida, probablemente aprendería uno o dos idiomas con tal de que el alfabeto le resultara familiar. Lo haría del siguiente modo: leería los periódicos ingleses de cabo a rabo y luego, sabiéndose las noticias de memoria, deduciría las compañeras de las palabras inglesas de los demás periódicos.

Joanna y Ken se comportaban con sensatez. Joanna esperaba cerca del mimo, que en ese momento andaba por una cuerda floja imaginaria... hasta que se paró, con el susto en su pintado rostro. Fingió perder el equilibrio. Se puso rígido y se fue inclinando hacia un lado lentamente, en discretas sacudidas, como el minuterero de un reloj, hasta que, a las diez pasadas, cayó, se recogió sobre sí mismo y en un abrir y cerrar de ojos se transformó y se le vio colgando de una cuerda floja, estirando el brazo izquierdo hasta límites antinaturales, agitando el derecho desesperadamente, y con las piernas muy separadas.

Ken se había ido a buscar a Sophie. Recorrería a la inversa el camino hasta el museo, entraría, iría de los ángeles de la guarda de Burne-Jones a los Degas y los Renoir. Volvería a la biblioteca si era necesario; Joanna imaginó el tirante interrogatorio al hombre que inspeccionaba las mochilas. El mimo congregaba a una multitud cada vez mayor; Joanna tuvo que estirar el cuello para verle bien. Sophie disfrutaría con aquel espectáculo en cuanto Ken la encontrara; si no se la habían llevado secuestrada en un coche; si su vida no terminaba con una fotografía impresa en un cartón de leche. Pero no debía pensar así, no no no; debía imaginar consecuencias normales, como una madre normal, como una madre con hijos normales. La niña se había despistado, arruinado el día por algún ataque de curiosidad, hiperintuitiva decían que era, yo más bien diría egoísta, ¿no es ya lo suficientemente madura para facilitarnos las cosas y no

para empeorarlas? ¿No son para nosotros ya lo bastante duras las cosas con la pequeña señorita Inadaptada aquí presente? Ay, mi dulce Lily, mi dulce Sophie, mis queridas hijas; y miro a Lily, adormilada, y me acuerdo de Sophie cuando era pequeñita y se echaba a dormir al lado de su hermana, en la cuna, con las piernas y los brazos totalmente estirados; parecía un bisonte en una cueva. Me acuerdo, me acuerdo... Ella probablemente también se acuerde; ella, con el cociente intelectual de un genio, capaz de cantar canciones empezando por el final. A Ken le encanta presumir de su memoria y de sus singulares dotes: su preciado trofeo de feria. El mimo pedalea hasta ponerse a salvo; se tiene bien merecidos esos aplausos. ¿Tengo alguna moneda para echarle en el sombrero? Pero no puedo dejar aquí la sillita de Lily, no nos podemos separar, ninguno de los cuatro. Naturalmente, Sophie se acordará de quedarse donde está en cuanto se dé cuenta de que se ha perdido. ¿Adónde iba a ir? No conoce esta ciudad. Solo ha visto el museo, que no le ha gustado, y la biblioteca, que no le ha gustado nada; Ken estaba muy molesto, dolido. Le ha gustado el metro. A todos los niños les gusta el metro: los túneles, los tesoros escondidos, los zombies. A todos los niños les gustan los trenes. Quieren que vayan a alguna parte, que vayan dirección centro, en otras direcciones...

Ken tenía el rostro como el yeso.

-¿La biblioteca? -preguntó Joanna sin necesidad.

-No -respondió él, jadeando.

-Vamos -dijo Joanna-. Ya sé adónde ha ido.

Sophie, sacando un brazo de las correas de la mochila, decidió empezar por los periódicos franceses. Tenía que estudiar francés al año siguiente de todas formas, con el resto de la clase especial. Pero estaba segura de que en la nueva asignatura no destacaría. Tenía fuertes lazos con su lengua materna; su lengua materna y la de Lily. Aun así, aprendería las reglas. Escucharía y, a veces, hablaría. Ahora, viendo *Le Monde*, fingiendo que el hombre de las orejas ya no estaba allí, se puso ligeramente bizca, como se suponía que no debía, y se fundió con los espacios entre párrafos hasta entrar en una sala que estaba más allá de la tienda de periódicos, en una sala forrada de madera iluminada por unas velas, llena de volúmenes en piel, como le habría gustado que fuera la quinta mayor biblioteca. Aunque se habían escrito más libros de los que podría leer en toda su vida -lo había comprendido nada más ver la Sección 4 Este-, conseguiría leer muchos de ellos, en refugios dorados como el que estaba viendo. Leería tantos como habían leído sus padres. Se haría tan mayor como se habían hecho sus padres. Estudiaría como ellos y se casaría y se reiría y bebería vino y daría abrazos a la gente.

Más tranquila gracias a esa ensoñación se permitió ver algo más allá. Viviría su vida en el mundo, no en la tienda de revistas. Lo adivinaba. Adivinaba también que cuando fuera más fuerte sus padres se atreverían a ser más débiles. Podrían también tirarle de la ropa, pero no por molestar.

Lily nunca se separaría de ella. «Siempre será diferente, cariño», le había dicho su madre. En ese momento, Sophie había pensado que su madre quería decir nosotros

siempre seremos diferentes. Ahora le añadió un brillo distinto: yo siempre seré diferente.

Notó un cosquilleo en la cara, como si se la hubiera lamido la lengua seca y triste de un gato. Cuando fuera mayor, Lily casi le llegaría por el hombro. Aprendería algunas cosas. Sobre todo aprendería de ella. Se conocerían las dos del derecho y del revés. Avanzarían la una al lado de la otra como las vías del metro, en dirección centro y en otras direcciones. De extensión equivalente.

Tenía que volver con su familia ya; había que continuar la excursión. Volvió a meter el brazo que había sacado por el hueco de la correa y se acomodó la mochila. Pasó junto al hombre de las orejas sin decirle adiós.

Ken y Joanna bajaron al metro con la sillita dando golpes en los escalones. En circunstancias normales se habrían puesto a la cola de venta de fichas para pasar por su puerta. Pero esta vez Joanna insertó una ficha y pasó el torniquete con rapidez. Ken, antes de pasar, le colocó a la niña en los brazos, metió una ficha en la ranura y se volvió para levantar la sillita por encima de la cabeza, y pasó el torniquete empujando con las nalgas. Sentaron otra vez a Lily en la sillita y se precipitaron por la rampa.

-¿Otras direcciones? -dijo Ken.

-Es más lista que eso.

En la rampa tuvieron que rodear a una anciana que se había detenido justo en medio con una bolsa de basura a la izquierda y un carrito plegable a la derecha.

-Tranquilos -dijo la mujer.

El tren que iba en dirección al centro acababa de salir. En el andén se habían quedado las cinco personas que lo habían perdido: tres estudiantes, un hombre con barba y una mujer negra y alta -de las Islas Vírgenes, suponía Joanna; un porte regio que delataba sus orígenes, una revista debajo del brazo, probablemente en francés.

Sophie iba detrás de ellos, a poca distancia. Había encontrado la boca de metro nada más salir de la casita. Cuando su padre pasaba el torniquete de espaldas, con la sillita, ella empezaba a bajar desde la calle. Cuando su madre elegía dirección centro, Sophie estaba pensando en sumarse a la cola de compradores de fichas, en prometer que pagaría luego. Decidió no arriesgarse a hablar con el taquillero. Cuando sus padres llegaron al andén, ella estaba pasando por debajo del torniquete. Y empezó a bajar por la rampa.

Los vio antes de llegar al andén. Su madre estaba sentada en un banco, con Lily encima. Su padre, de pie, estaba inclinado sobre las dos. No parecía que les ocurriera nada fuera de lo normal, pero Sophie no se dejó engañar: su madre juntaba las rodillas bajo el abrigo y tenía los pies separados, con los tobillos tan exageradamente doblados hacia dentro que casi tocaban el suelo. No veía la cara de su padre, pero sabía que estaba a punto de echarse a llorar. Una anciana con un carrito estaba apoyada en la pared.

-Y ahora el reencuentro -dijo cuando apareció Sophie en un tono familiar, aunque en voz bastante alta.

Ken se volvió y se irguió: una jugada de baloncesto repetida a cámara lenta.

Joanna recibió el alivio como una inyección: fin del dolor y fin de la emoción. Se dio cuenta de que la niña había sufrido una experiencia inquietante, pero ella no tenía en ese momento mucho consuelo que ofrecer. Quizá por esta vez Sophie recibiera la bendición del olvido.

Y de hecho Sophie se acercó a paso ligero, como si unos minutos antes no hubiera visto con nitidez su futuro.

Lily asistía a la escena como ausente. Pero de pronto levantó la manita, enfundada en una manopla.

-¡Phie!